

# EL REFORMISTA

SETMANARI POLÍTIC D'AVISOS I NOVES



Preu de subscripció:  
1 pesseta trimestre. — Nombre solt 10 cèntims.

Redacció i Administració:  
Carrer de Clivillers, 22

Any I

OLOT 14 de Maig de 1914

Nom. 18

## A LA JUVENTUD ESPAÑOLA MANIFIESTO

(Continuación)

Decía nuestro ilustre y joven cor-religionario José Ortega y Gasset que la juventud necesita de ideas tan nuevas y tan mozas que pueda tomarlas como novias. Hace un momento afirmábamos nosotros lo mismo frente a toda la decrepita política española. Pero esta afirmación escueta requiere cierta aclaración.

La novedad absoluta, es decir, la aparición de algo nuevo surgiendo de la nada, sin dependencia ni filiación con algo precedente, no se da nunca en el mundo de las ideas, ni en la naturaleza; se da tan solo en el mundo mítico de las teologías primitivas. Así como esas muchachas que pueden ser nuestras novias, son como remansos que la corriente de la vida forma y de los cuales la corriente sigue en eterno fluir, floración misteriosa y espléndida que en el presente fugaz condensa a la vez el pasado y el porvenir; así las ideas fecundas son siempre hijas de otras ideas y capaces de engendrarlas a su vez, es decir, suponen siempre una tradición.

El reformismo tiene también su tradición; pero no háy que buscarla en la política imperante en España hasta nuestros días. El modo peculiar de enfocar los problemas nacionales, característico hoy del partido reformista, tiene precedentes importantes en la historia del pensamiento político español, y aun en serios intentos de reconstrucción nacional.

Los orígenes de esta tradición se

confunden con los orígenes de la edad moderna; desde entonces hasta ahora nunca han faltado entre nosotros minorías selectas o individuos aislados que se dieron clara cuenta de los caminos errados por que nuestra patria marchaba y que habían de conducirla a la más espantosa decadencia. No faltaron hombres, ya en tiempos de Carlos V, que intentaron encauzar los destinos de España por las seguras vías de la historia moderna. Fracasados estos intentos y estrada la nación tras los ideales más aventurados y más heroicos, se vio morir, dejando en la historia un gesto de barbarie y de heroísmo; tampoco faltaron entonces testigos solitarios que se daban cuenta de las causas de la catástrofe y que no dejaron de avisar los remedios aun posibles y eficaces. Consumada la ruina de España a fines del siglo XVII y segregada como un cuerpo muerto al que no llegaba la sangre enviada por el corazón de Europa, siguió durante el siglo XVIII el despertar lento de la conciencia nacional, en grupos reducidos de personas cultas, como quien despierta de un sueño profundo; y poco a poco, con arreglo al espíritu de los tiempos, fué fraguando el despotismo ilustrado la obra tan difícil de la reconstrucción nacional, mientras la enorme mayoría de los españoles, dominada por el espíritu de reacción heredado, se resistía a entrar por los nuevos caminos de posible redención. No fué suficiente entonces ni el poder omnímodo de los reyes, ni la voluntad de gran parte de las clases directoras, ni la inteligencia y cultura y patriotismo de tantos hombres ilustres como aquél siglo gozó; el influjo de su obra trascendió sólo a grupos pequeños, dejando intacta el alma popular, queda de ellos el alto ejemplo

cívico de su esfuerzo y la enseñanza su fracaso.

El aparente resurgir de la cultura y la riqueza nacionales, que culmina en tiempo de Carlos III, fué más brillante que sólido, desde luego no fué suficiente a preparar el país para la transformación social que el porvenir inmediato reservaba; así es que, cuando las ideas triunfantes de la revolución francesa y el nuevo mecanicismo económico del siglo XIX cambiaron el centro de gravitación de la política en el sentido de la democracia, el pueblo español incapaz de adaptarse a la nueva forma de la civilización volvió a sufrir una de las crisis más graves de su historia. También entonces, durante la primera mitad del siglo XIX, los españoles más cultos, que por el hecho de serlo no podían vivir en el seno de su patria, observaron desde el extranjero, más agudamente que nunca, las causas y los remedios de nuestro atraso; alguno, como Larra, penetró tan hondo con su mirada de vidente, que llegó a la interpretación más rigurosa y más exacta de nuestra historia. El esfuerzo patriótico de estos hombres se tradujo en una lucha sangrienta para alcanzar las elementales libertades políticas que el espíritu del siglo imponía como premisas necesarias a la vida de los pueblos; y cuando, al cabo, la revolución triunfante hizo posible la democracia, vino la Restauración a administrar sarcásticamente las libertades conquistadas por este pobre pueblo hambriento de pan y de cultura. Ninguna frase más exacta que aquella en que se ha dicho que la Restauración vino a continuar la historia de España; porque, en efecto, ella significó el triunfo de la inacción, la impasibilidad ante los crónicos dolores de la nación, la corrupción buseada de los nuevos instrumentos políticos peno-